

bien organizado, todo es común a todos los miembros: lo que aprovecha a uno, aprovecha a todos los demás. Así sucede en la Iglesia: todos los bienes espirituales son comunes; cada miembro participa de los méritos de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los Santos; a los méritos de todas las Misas celebradas, de todos los sacramentos recibidos, de todas las oraciones y buenas obras cumplidas a lo largo de los siglos.

Desde entonces nuestras oraciones, sacrificios y trabajos aprovechan a todos los miembros de la Iglesia y les procuran grandes beneficios; e inversamente, nuestras negligencias, infidelidades y faltas son causa de que muchas almas no reciban mayores gracias de santificación y de santidad. De ahí que la Vida Interior, lejos de ser egoísta, es profundamente apostólica: hace que todos, en cuanto está a nuestro alcance, «formemos a Jesucristo en las almas» (Gal. 4 19) y contribuyamos «a la edificación del Cuerpo de Cristo» (Ef. 4 11-12).

3º Exigencias de la Comunión de los Santos. Por lo dicho, la unión que tenemos con los miembros del Cuerpo Místico de Cristo nos impone varios deberes hacia ellos, según el estado de la Iglesia en que se encuentren.

• **La Comunión de los Santos con la Iglesia Militante.** A tres podemos resumir nuestros deberes con los demás fieles cristianos que aún viven en este mundo: – LA CARIDAD FRATERNA: como todo hombre es o está llamado a ser miembro de Cristo, hemos de practicar con él la caridad viendo en él a Jesucristo, que considera hecho a El mismo lo que se hace a cada uno de sus miembros (Mt. 25 40); – LA ORACIÓN: es el medio más a nuestro alcance para ayudar a todos nuestros hermanos y obtenerles las gracias que necesitan: «Rezad unos por otros, para que seáis salvos, pues mucho vale la oración asidua del justo» (Sant. 5 16); – EL APOSTOLADO, pues cada cual, según sus posibilidades, debe practicar con el prójimo una caridad no sólo afectiva sino también efectiva, y completar la influencia interior de la oración por su ejemplo, su palabra y su acción.

• **La Comunión de los Santos con la Iglesia Purgante.** Hacia las almas que acaban de purificarse en el Purgatorio, nuestra caridad y oración ha de revestir la forma de misericordia, aliviándolas con nuestros sufragios, y sobre todo ofreciendo por ellas el Santo Sacrificio de la Misa.

• **La Comunión de los Santos con la Iglesia Triunfante.** La Comunión de los Santos entre la Iglesia Militante y la Triunfante presenta dos aspectos: – por parte de los cristianos de la tierra hacia los Santos, EL CULTO, que llamamos de «dulía», esto es, de veneración y complacencia, por el que admiramos a los Santos y nos complacemos en la belleza de Dios que brilla en ellos, los amamos por su protección y solicitud por nosotros, y les presentamos nuestras súplicas para que las presenten a Dios; – por parte de los Santos del cielo hacia nosotros, LA INTERCESIÓN: Cristo, único Mediador nuestro ante el Padre, se complace en escuchar a los Santos, que son los príncipes de su corte celestial, y en darnos por ellos las gracias que pedimos; y los Santos, por su parte, nos profesan un perfecto amor que hace que podamos contar con sus oraciones y con sus méritos, que la Iglesia nos aplica sobre todo bajo forma de indulgencias.

Quinto título de la Vida Interior

La incorporación a la Iglesia Católica

La gracia santificante vincula íntimamente nuestras almas con todas las almas que participan de la vida divina, de la vida de Jesucristo. Es el gran misterio de la Iglesia, de la que la gracia nos hace miembros. Debemos ahora, pues, considerar la Iglesia bajo un triple aspecto: 1º como *Esposa* de Cristo; 2º como *Madre* de las almas; 3º como *Cuerpo Místico* de Cristo.

1º La Iglesia, Esposa de Jesucristo.

Nuestro Señor, para continuar su obra redentora después de su ascensión a los cielos, fundó una sociedad, la Iglesia, a la que convirtió en su Esposa. San Pablo, en efecto, nos enseña que la Iglesia es la Esposa de Cristo, y que el matrimonio cristiano es sólo una figura de la unión existente entre Cristo y la Iglesia (Ef. 5 23-32). Estando, pues, unida la Iglesia a Jesucristo en fecundísimo y sobrenatural matrimonio, debe darle numerosos hijos, frutos de esta inefable unión; y lo hace compartiendo con Cristo la obra de la regeneración y santificación de las almas. La Iglesia se convierte así, como nueva Eva, en «*Madre de todos los vivientes*» (Gen. 3 20).

2º La Iglesia, Madre de las almas.

La Iglesia, pues, continúa la obra redentora de Cristo, y lo hace comunicando y manteniendo en las almas la vida sobrenatural mediante su triple oficio de enseñar (por su Magisterio), de santificar (por los Sacramentos) y de regir (por su Gobierno). Y es que Jesucristo sabía que la vida sobrenatural necesita la luz de la doctrina («*Yo soy la Verdad*»), que enseñe las verdades fundamentales que deben orientarla; los sacramentos («*Yo soy la Vida*»), que le confieran la gracia bajo la forma más indicada a las necesidades del momento; y una sabia dirección («*Yo soy el Camino*»), que conduzca a las almas hacia el cielo. Estos tres medios los depositó Cristo en su Esposa la Iglesia, que los ejerce por medio de su jerarquía, para que por ellos le dé una gran multitud de hijos; y de estas tres maneras la Iglesia es Madre.

1º La Iglesia, Madre por su Magisterio. La Iglesia ha recibido de Cristo la misión de guardar íntegra su doctrina, la verdadera fe, en una Tradición ininterrumpida.

Para ello, Cristo la invistió de su autoridad, le confirió la infalibilidad y le prometió la asistencia del Espíritu Santo. Esta fe es la condición previa para poder infundir la vida sobrenatural en las almas: «Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Mas ¿cómo le han de invocar, si no creen en El? ¿Y cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? ¿Y cómo oirán hablar de El si no se les predica?» (Rom. 10 13-14). Por lo tanto, al predicar la verdadera fe, la Iglesia prepara nuestras almas para infundirles la vida de la gracia, y se convierte en nuestra Madre.

2º La Iglesia, Madre por su Culto y sus Sacramentos. La Iglesia también es depositaria de los Sacramentos y del Culto que, en nombre de Cristo, dirige al Padre, y, por lo mismo, de la vida divina, que se nos comunica por medio de ellos. Al engendrarnos y hacernos crecer en la gracia por los Sacramentos, y al santificarnos por la celebración de los misterios de su divino Esposo, Ella se convierte, por un nuevo motivo, en Madre nuestra.

3º La Iglesia, Madre por su Jurisdicción y Gobierno. Siendo responsable de la salvación de las almas, la Iglesia ha recibido la misión de gobernarlas y dirigirlas hacia su fin sobrenatural, como Madre vigilante y solícita por el bien de sus hijos. A este fin hace leyes, juzga a personas, costumbres y doctrinas, y castiga a los que infringen sus preceptos y directivas.

De esta maternidad de la Iglesia sobre las almas se deducen dos verdades importantísimas: • que «entre los miembros de la Iglesia sólo se han de contar de hecho los que recibieron las aguas regeneradoras del bautismo, profesan la verdadera fe, y no se han separado miserablemente ellos mismos de la contextura del cuerpo ni han sido apartados de él por la legítima autoridad a causa de gravísimas culpas» (PÍO XII, Encíclica *Mystici Corporis*); es decir, quienes aceptan plenamente la triple acción materna de la Iglesia; • y que «fuera de la Iglesia no hay salvación», porque Ella es, por institución divina y voluntad expresa de Cristo, la única Depositaria de los medios de salvación (que son la fe, los sacramentos y la autoridad de Cristo), y el único camino de acceso a Dios y a Jesucristo.

3º La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

Dios creó al hombre como ser sociable, y al elevarlo al orden sobrenatural guardó su carácter social. Por eso, así como el hombre, al nacer, se encuentra incorporado a la sociedad en que nace, del mismo modo, al ser regenerado espiritual y sobrenaturalmente, se encuentra incorporado a la sociedad de los redimidos, que es la Iglesia. Esta sociedad no es una sociedad como las demás, sino el *Cuerpo Místico de Cristo*: todas las almas que por la vida divina quedan unidas con Cristo como a su Cabeza, quedan necesariamente unidas también entre sí como miembros de esa Cabeza.

1º Estados de la Iglesia Católica. Este Cuerpo Místico de Cristo existe en tres estados distintos:

- **La Iglesia Militante**, que es la congregación de todos los fieles que aún viven en la tierra, obligados a llevar una guerra continua contra crudelísimos enemigos (mundo, demonio y carne), y a crecer continuamente en vida sobrenatural.

- **La Iglesia Purgante**, que es la congregación de todos los fieles que, no viviendo ya en la tierra, deben expiar en el Purgatorio las penas por las cuales no dieron satisfacción a Dios en la tierra, no pudiendo entrar en el cielo hasta que las hayan expiado enteramente.

- **La Iglesia Triunfante**, que es la congregación lucidísima y felicísima de los espíritus bienaventurados y de aquellos que triunfaron contra el mundo, el demonio y la carne, y que, libres y seguros ya de las molestias y miserias de esta vida, están gozando de la eterna bienaventuranza.

2º Notas de la Iglesia. Siendo, con todo, una sociedad visible, Cristo quiso dejar a su Iglesia cuatro notas que la hiciesen reconocible a los ojos de todos los hombres: *Una, Santa, Católica y Apostólica.*

- La Iglesia es **una** porque todos sus miembros, no obstante sus variadas diferencias, están unidos por numerosos lazos reales, ya visibles, ya invisibles; y es **única** porque es la sola Iglesia fundada por Jesucristo, fuera de la cual no hay otra Iglesia verdadera, ni «subsiste» la Iglesia de Cristo.

- La Iglesia es **santa** por estar consagrada a Dios mediante la Sangre de Jesucristo, que la lavó y santificó (Ef. 5 26-27); santa en su Cabeza, Jesucristo, y en el Espíritu que la anima, que es Señor y Santificador; santa en su doctrina y en su fe, en sus Sacramentos que comunican la santidad, en sus leyes y directivas, y en la vida de muchos de sus miembros a quienes propone como ejemplos.

- La Iglesia es **católica** porque abarca a todos los hombres redimidos en el espacio y en el tiempo, cualquiera que sea su condición.

- Y la Iglesia es **apostólica** porque trae su origen de los Apóstoles, y esto de dos maneras: conservando y transmitiendo la doctrina predicada por los Apóstoles, y derivándose de ellos por una sucesión ininterrumpida.

Conclusiones prácticas para la Vida Interior.

1º Profundo amor a la Iglesia Católica. Para crecer en la Vida Interior se requiere un tierno y sólido amor a la Iglesia Católica, que debe ser no sólo *afectivo*, sino también *efectivo*, y que ha de manifestarse:

- **Por el amor a la Fe y a la doctrina de la Iglesia**, que debemos guardar siempre íntegra, profundizándola con la meditación y el estudio de las verdades que nos propone.

- **Por el amor a los Sacramentos que Ella siempre administró**, recibiendo los frecuentemente y con fervor, para que nos santifiquen como santificaron ya a tantos miembros de la Iglesia. Debemos esforzarnos también en vivir nuestro Bautismo, y en amar el Culto de la Iglesia, la Sagrada Liturgia, fuente maravillosa de vida sobrenatural.

- **Por el amor al Gobierno de la Iglesia**, esto es, a las autoridades que Cristo instituyó en Ella para conducir a las almas hacia el cielo, que son el Papa y los obispos, y a las leyes que dictó durante veinte siglos para cumplir esta misión.

2º Carácter social y apostólico de nuestra Vida Interior. La Vida Interior es vivida en la Iglesia y para el bien de toda la Iglesia. En efecto, en un cuerpo